

# El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 763 Martes 20 de Junio de 2023

## Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ España llama la atención a la OTAN, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ Sorpresas, *Juan Van-Halen*
- ✚ Por qué Feijóo debe y puede pactar con VOX, *Carlos Martínez Gorriarán*
- ✚ PP y VOX de acuerdo en lo esencial, *Esperanza Aguirre*
- ✚ Feijóo, el hombre de Estado, *A. M. Beaumont*
- ✚ Confusionismo cromático, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ El trabajo hecho con amor, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ Muros blancos, cielos azules, *Gustavo Morales*
- ✚ La paradoja Berlusconi, *Gregorio Morán*

## España llama la atención a la OTAN

Emilio Álvarez Frías

Hay que comprender que, tal como anda las cosas por la patria Hispana, no tiene nada de extraño que nos miren de lado. Sin fiarse mucho de nosotros, temiendo que por las reuniones internacionales aparezca un tipo de la hechura de los que rondan el consejo de Ministros, o de los aires del embajador Agustín Santos Maraver que se ha escapado de la ONU para venir a medrar por esta tierra de la mano de Yolanda Díaz, y sin siquiera saber



por dónde va a salir el presidente del Gobierno, personaje realmente sospechoso con sus acciones, sus amistades, las soluciones que da a los problemas, las promesas que hace sin que luego las cumpla, etc.

Por eso no nos extraña demasiado que en la reunión que han tenido los chicos de la OTAN con la industria armamentista de distintos países hayan dejado fuera a España. Pero que no nos extrañe no quiere decir que lo admitamos, ya miremos para otro lado o lo consideremos normal: en absoluto; lo que nos parece muy bien es la decisión de Margarita Robles, ministra de Defensa, que

ha declinado asistir a dicha reunión al no haberse invitado a las empresas españolas del ramo. Medida que habría que tener en cuenta de cara al futuro con la ONU, la UE y la NATO ya que no son pocas las veces que nos vemos arrastrados a admitir unas decisiones tomadas por dichos organismos que no van de acuerdo con el sentir y el ser de España.

Hay que reconocer que, a pesar de su proximidad con el PSOE, Margarita Robles sabe por dónde se anda. No en vano ha recorrido ampliamente el ambiente judicial a todos los niveles, en cierta medida el político, y es, seguramente, el cerebro más ajustado a las decisiones que se han de tomar en cuestiones de este nivel, y quizá el más preparado de todo el Consejo de Ministros español, incluido su presidente.



Tal como ha hecho Margarita Robles con el caso que tenemos entre manos en estos momentos, probablemente debería haberse hecho en otros muchos con decisiones del Tribunal Europeo de Justicia de panderete que en no pocas oportunidades ha emitido resoluciones en contra de la legislación española que viene de una tradición que probablemente ninguno de sus magistrados ha oído ni por casualidad.

Con ello queremos decir, aunque peques de ignorancia, que España – como hacen Polonia o Rumanía– debe salirse de forma parecida en no pocas disposiciones tomadas por los organismos internacionales cuando se vea palpablemente que esas medidas responden a teologías puramente idealistas de un sector de los componentes del organismo internacional, cuando la tradición y el sentir de España va por otros derroteros.

Esperamos que los gobiernos futuros tengan muy en cuenta estas cuestiones que son las que llevan a los países por el buen camino, y desechen a gente del cariz del delegado del Gobierno de Madrid, Francisco Martín, que con amplia visión acreditada ha considerado que los que no son palmeros de Pedro Sánchez son «supuestos enemigos de España», calificando los pactos tenidos por los secuaces del PSOE con los de ETA con la valoración de «haber hecho más por los españoles y por España que los que han hecho todos los patrioterros de pulsera». ¡Será majadero!

---

## Sorpresas

He conocido, por fin, a una ministra ignota; he sabido de un funcionario desleal con su país del que nunca había oído hablar; me he desconcertado con un regate del PP

**Juan Van-Halen** (*El Debate*)



e escribe y se habla de pactos. El Gobierno y sus medios bondadosos acatan un argumentario que ya no sorprende y, mientras, la vida sigue igual. Pactar con Vox es el crimen sin fecha de caducidad que ha de penar el PP. Hoy se forman los ayuntamientos en toda España y los palmeros,

retribuidos o movilizados por el entusiasmo, condenarán a los dirigentes municipales de PP y Vox que hayan llegado a acuerdos pero callarán como colipoterras sobre los pactos del sanchismo con independentistas y bilduetarras. Luego vendrán los acuerdos en las comunidades autónomas, a paso más lento aunque alguno ya va con viento de popa. Estas vísperas me han generado algunas sorpresas. Cito ejemplos. He conocido, por fin, a una ministra ignota; he sabido de un funcionario desleal con su país del que nunca había oído hablar; me he desconcertado con un regate del PP. Todo ello se suma a mi dilatada veteranía; nunca es tarde para aprender.

La ministra responde al nombre de Diana Morant y rige el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Ignoraba su vera efigies e incluso su nombre y supongo que no soy el único que soporta esa tara. Es uno de esos incógnitos miembros del Gobierno que gozamos. Que se sepa no ha hecho sino cobrar y calentar el sillón. Su antecesor era astronauta –estaba en las nubes– y ella se posó en el ministerio como paracaidista desde la alcaldía de Gandía. Mostró en las teles su sobresalto e irritación por el acuerdo entre PP y Vox en la Comunidad Valenciana: qué «desvergüenza», qué «plan oculto». Pero en 2015 fue alcaldesa tras unas elecciones que ganó el PP y ella necesitó el apoyo de dos partidos para gobernar su ciudad. No le pareció una desvergüenza ni un plan oculto. Es lo que tiene manipular la memoria histórica. Se acaba por manipular la propia o padecer una oportuna amnesia.

El funcionario a mi juicio desleal es Agustín Santos Maraver, nombrado por Sánchez embajador en las Naciones Unidas. Ya se sabía que era marxista pero



ahora se han conocido algunos detalles de interés. Colaborador de la revista on-line *Sin Permiso*, de ideología zurdísima, olvidó pedir permiso a sus jefes para expresar sus ideas, que comprenden ataques a la Monarquía –según él «bananera»–, a los reyes Juan Carlos I y Felipe VI, a Biden, a Estados Unidos, a la OTAN, a la UE, a la Transición, al PP, a Vox y al PSOE a los que considera «partidos dinásticos», y propugna un cambio de régimen. Este tipo puede opinar lo que le pete pero no siendo embajador de España ante el más relevante organismo de cooperación internacional.

Conoció a Yolanda Díaz en Nueva York en uno de sus periplos en Falcon y le enamoró políticamente. De ahí a ocupar el segundo lugar en la candidatura de Sumar por Madrid sólo transcurrió un paso, una sonrisa y un sobeo, de esos en los que la líder comunista con disfraz de Carolina Herrera, es tan pródiga. Desde entonces incorporó a sus escritos los elogios a la que habría de ser su jefa política, con burlas a Ayuso, a Almeida, a Abascal, a Ana Botín y a Ana Rosa Quintana. Todo el repertorio. Yolanda, que tiene buen olfato, como está

a la vista, entendió el fichaje de Santos Maraver –¡un embajador!– como una bendición del diablo. Y Albares sin enterarse. No sé si es peor que no se enterase o que le dejase hacer. ¿Es libertad de expresión? ¡Anda ya!

Mi última sorpresa es el pacto que se anuncia –acaso ya se haya formalizado– entre PP y Revilla en Cantabria. Un grave error. El político-espectáculo Revilla no es fiable y se descolgará cuando le convenga y sin avisar. Y como ya estarán rotos los puentes con Vox podemos adivinar qué ocurrirá. María José Sáenz de Buruaga se equivoca. Y entendiendo que Feijóo otorgue libertad de pactos a sus barones, en este caso baronesa, el líder debería tener una visión de conjunto y, además, en este caso, tiene experiencia de gobierno muy respetable. Lo primero que habría que hacer en Cantabria es apoyar y proseguir la investigación policial al entorno de Revilla. Cada vez hay más evidencias. Veo al PP confiado y para las urnas queda poco más de un mes. La confianza desactiva la participación. Ya escribió nuestro Quevedo: «El mayor despeñadero, la confianza».

---

## Por qué Feijóo debe y puede pactar con Vox

**Carlos Martínez Gorriarán** (*Vozpópuli*)

**E**l gran complejo de la derecha española es buscar ser aceptada por la opinión de izquierdas, entendiendo «derecha» e «izquierda» en sentido tan amplio como quieran (son referencias de un mapa ideológico gastado, pero siguen siendo inevitables). Las razones son varias, pero pueden resumirse en que la izquierda perdió la guerra de Franco, pero ganó la posguerra de la legitimidad, logrando identificarse con la democracia. Así que la izquierda llega al examen como víctima de la dictadura y demócrata ejemplar, mientras que la derecha, vista como heredera del franquismo, debía aprobar la reválida democrática en cada nuevo curso. Advertencia: da igual que esto sea cierto o no, justo o injusto, es la percepción de la mayoría de españoles desde 1978. Y lo que importa es cómo percibe las cosas la mayoría.



Así que la derecha ha intentado, si no pareciera a la izquierda, sí ganarse su reconocimiento por el único canal y medio existente hasta ahora, a saber, el periodismo político de masas. De ahí que tantos del Partido Popular estuvieran más tiempo pendientes de obtener un juicio favorable de *El País* y la *SER* que de la opinión de sus electores. Claro que tenían la ventaja (aparente) de carecer de rival: el PP era el único partido de derecha o centro-derecha, simultáneamente liberal, conservador y demócrata-cristiano, europeo, nacional y regionalista. La soledad le eximía de la obligación

de definirse, convirtiendo al PP en el «partido de la gestión», y todo su discurso en contraponer su presunta capacidad de gestionar la economía frente al despilfarro habitual de la izquierda.

Pero la política es básicamente emocional. Ese mensaje tecnocrático, apenas capaz de emocionar a un contable jubilado, no funcionaba hasta que las pifias socialistas reactivaban la crisis crónica española. A la izquierda le ha venido muy bien ese partido único del conjunto plural llamado «la derecha», porque quedaba arrinconado en el polvo gris de la tecnocracia y la antipatía fiscal. El PP era y es, para mucha gente, el partido antipático por definición. Pues bien, la irrupción de Vox ha venido a solucionarle ese problema, quizás no muy consciente. Pues al tener que definirse frente a Vox y fijar posición para atraer votos disputados, el PP se ve obligado a salir del pozo infernal en que le sumió Mariano Rajoy.

Vox creció con la frustración insuperable de muchos votantes del PP con la «gestión pura» de Mariano Rajoy, el hombre que confundía gobernar con dejar pudrir los problemas. Sin Rajoy, su mayoría absoluta y su pasividad con el golpe en Cataluña, el pacto con ETA, la corrupción, la inoperancia de las instituciones y otros males profundos, Vox habría seguido siendo un pequeño partido de nacionalismo tradicionalista y populismo estridente, con escasas perspectivas de éxito. Fue el PP de Rajoy quien creó su propia némesis.

Ahora la derecha está dividida entre Vox, con un sólido suelo de votos, y un PP más grande y capaz, a diferencia de este rival, de atraer muchos votos de «centro». Pero el PP tiene que definirse. No podrá vivir mucho tiempo de la caída del PSOE si, como todo indica, sufre una descomposición profunda y seguramente duradera. A Feijóo no le harán el trabajo el fantasma de Irene Montero ni la santa compañía de Sumar, ni le bastará intentar seducir a los tertulianos y editorialistas que arrugan la nariz con Vox. En realidad, debe hacer lo que ha sabido hacer muy bien Isabel Díaz Ayuso en Madrid: trabajar su propia agenda conectando con la mayoría y sin pedir permiso a nadie.



El favor de Vox y su 12-15% de votos probables no se limita a que le obligue a definirse y comprometerse sobre cómo y cuándo desmantelará el desiderátum legislativo e institucional del sanchismo. Lo pedimos muchos que no votaremos a Abascal; no es un encargo ideológico, sino exigencia de limpieza y restauración democrática. Y bien visto es una verdadera bendición para Feijóo, porque elimina las excusas para eludir la derogación de leyes y la limpieza de instituciones, comenzando por la cúpula de la justicia, la fiscalía y el Tribunal Constitucional, y demás campos de minas. Tendrá que hacerlo si quieren gobernar, y más vale que sea rápido.

Pero hay un segundo favor aún más valioso: Vox ha liquidado el intento socialista de extender el Pacto del Tinell a la política nacional, es decir, un cordón sanitario que impida a la derecha nacional formar mayorías de gobierno. Vox no solo proporciona al PP un rival, cosa siempre saludable, sino además la



bendición del socio inesperado que dinamita el Tinell a la catalana.

Quienes aconsejan alejarse de Vox, o rebuscan excusas como la vieja condena por violencia de género (un insulto) de Carlos Flores, admiten la imposibilidad de un gobierno que revierta la ingeniería constitucional y social de la izquierda y sus

socios. ¿Puede el PP tener dudas sobre la legitimidad de pactar con Vox, mientras Sánchez no tuvo ninguna para mentir y pactar con los peores? Y Vox no ha hecho nada ilegal ni inconstitucional, luego es un socio legítimo y oportuno; ni siquiera es remotamente cierto que pactar con ellos sea como pactar el gobierno con Bildu, ERC, IU y Podemos.

La alianza de Vox y PP será temporal si la izquierda Frankenstein comienza a retroceder de verdad. Es verosímil un futuro donde Vox y PP sean partidos rivales peleando por el gobierno. Basta con echar una ojeada al vecino francés y ver qué ha pasado con la izquierda socialista, qué espacio ocupa el partido de Macron, y quién es su principal rival político (Grecia tampoco es mal espejo). No discuto si sería el panorama ideal o más bonito, digo que el PP debe aprovechar creativamente el regalo positivo de la existencia de Vox, ponerse a discutir pactos con transparencia y sin complejos (evitando espectáculos penosos como los de Valencia y Murcia), echar al baúl de los trastos el «que gobierne la lista más votada», absurdo en un sistema proporcional y destinado al ridículo, y olvidarse de los cantos de sirena que le recomiendan cultivar amistades y hábitos equívocos, y a la larga letales.

---

## PP y Vox: de acuerdo en lo esencial

**Esperanza Aguirre** (*elSubjetivo*)

**S**in ser una fanática defensora del bipartidismo como mejor opción para el funcionamiento de las instituciones de una democracia liberal, como es la nuestra, sí que creo que no hay que perder de vista que las dos democracias más antiguas, estables y consolidadas del mundo, con una experiencia de varios siglos, Reino Unido y Estados Unidos, tienen y han tenido siempre un régimen así, bipartidista.

¿Quiere eso decir que en esos dos grandes y democráticamente modélicos países sólo se les ofrecen a los ciudadanos dos únicas opciones a la hora de llamarlos a las urnas? Pues no exactamente porque dentro de los laboristas y de los conservadores británicos, como dentro de los republicanos y de los demócratas norteamericanos, hay muchas tendencias y personalidades que

no tienen por qué defender los mismos planteamientos políticos en todas las materias. Aunque, eso sí, coincidan plenamente en los principios fundamentales.

Todo esto me viene a la cabeza cuando contemplo el desarrollo de las conversaciones entre dirigentes de Vox y del PP en estas fechas, que están emparejadas por dos grandes citas electorales, las municipales y autonómicas del pasado 28 de mayo y las generales del próximo 23 de julio. Que los dirigentes, los militantes y los votantes de Vox y del PP tienen diferentes posiciones y opiniones sobre algunos asuntos no ofrece la menor duda y es lógico y natural.

Por ejemplo, Vox, con el propósito de evitar diferencias entre españoles, está en contra del Estado Autonómico, mientras que el PP, y yo con él, está a favor, con el para mí sólido argumento de que, gracias a la existencia de la Comunidad de Madrid, todos los españoles han podido contemplar cómo, con medidas liberales y nada socialistas, Madrid se ha convertido en la primera región económica de España. Si no tuviéramos el Estado de las Autonomías, en Madrid no podría haberse implantado la libertad de elegir médico, hospital, colegio, horarios comerciales, etc. Zapatero jamás hubiera permitido



esa libertad de elegir porque a los socialistas lo que les gusta es la clientela cautiva.

Diría más, incluso dentro del PP actual, hay diferentes opiniones sobre algunos asuntos de cierta entidad. Por ejemplo, aunque sé que la mayoría del PP está a favor de la Unión Europea tal y como funciona ahora, algunos mantenemos posiciones críticas ante el actual funcionamiento de la carísima e intervencionista burocracia de Bruselas. Como también sé que en el PP algunos, como García-Margallo, defienden que la Agenda 2030 es el Evangelio, y otros mantenemos que es un disparate que nos está arruinando a todos y está hundiendo la agricultura y la ganadería españolas. Y no por eso a nadie se le ha ocurrido ni expulsarnos del partido ni, por nuestro lado, crear un partido nuevo.

La mención al funcionamiento desde hace siglos de los grandes partidos británicos y estadounidenses viene a cuento cuando recuerdo cómo en abril de 2008, el entonces presidente del PP, Mariano Rajoy, en un famoso discurso en Elche, nos invitó a los liberales y a los conservadores a irnos del partido. Ya entonces me pregunté quién se quedaría en el PP sin liberales ni conservadores, ¿apparatchiks desideologizados, presuntos gestores de lo público o simples oportunistas? Porque ¿cómo un partido, con vocación y tradición de ser

el mayoritario de la derecha y el centro, puede prescindir de las dos familias más clásicas del pensamiento político de esa derecha y ese centro?

Además, aquel discurso era una enmienda a la totalidad a la historia de los éxitos del PP. No tengo la menor duda de que el mayor logro político de Aznar, desde que en 1989 se hizo cargo de la presidencia del PP, fue acoger en él a todas las familias a la derecha del PSOE. Consiguió que conservadores, democristianos, liberales y hasta socialdemócratas nos sintiéramos a gusto en el PP que él dirigía. Aunque, por supuesto, no todos pensáramos lo mismo de todo. Pero eso sí, había dos principios que todos compartíamos de una manera radical y absoluta: la defensa de la libertad y la propiedad, y España, como nación de ciudadanos libres e iguales.

Por supuesto que yo defendía políticas liberales y Alberto Ruiz-Gallardón, no tanto, pero podíamos trabajar juntos para eso, para que en una España unida reinara la libertad y estuviera garantizada la propiedad.

A la invitación de Elche nadie le hizo caso... entonces. Pero cuando el PP empezó a gobernar con mayoría absoluta en 2011 y dejó de cumplir con compromisos anunciados antes de aquellas elecciones generales y, sobre todo, cuando se consumó la indigna excarcelación del asesino Bolinaga, hubo algunos, como Abascal, que había sido uno de los militantes del PP más comprometidos y valientes en la defensa de nuestros principios en el País Vasco, que sí se fueron. Y otros, como yo, que lo criticamos abierta y públicamente, pero

no nos fuimos.



Con él se fue Ortega Lara, símbolo incomparable del sufrimiento a que ETA nos ha sometido a todos los españoles y víctima directa del excarcelado Bolinaga.

Desde entonces PP y Vox, por separado, están de acuerdo en las

cuestiones esenciales: la unidad de España como nación de ciudadanos libres e iguales y la defensa de la libertad y de la propiedad.

En las negociaciones y conversaciones que en estos días van a darse, el PP y Vox tienen que contemplar como objetivo último, a medio o largo plazo, el que se propuso Aznar tras ser elegido presidente del partido en el histórico Congreso de Sevilla de 1989: que todas las familias del centro y la derecha española se sientan a gusto juntas.

Y, por supuesto, despreciando a todos los que hablan ex cathedra para estigmatizar a Vox con etiquetas insultantes, cuando en ese partido, como en el PP, no hay ni ha habido nunca la menor tentación totalitaria ni de cambiar el régimen por la puerta de atrás, lo contrario que hemos comprobado que sí existe

en los partidos del Gobierno de Sánchez, empezando por el que antes era socialista y ahora es simplemente sanchista.

---

## Feijóo, hombre de Estado

A.M. Beaumont (esDiario)

**E**l PP ha marcado una línea roja clara a los socios de Sánchez. Feijóo ha demostrado que en política las cosas pueden hacerse de forma diferente y sin perder los principios. En el País Vasco, en Vitoria y Durango, dando sus votos al PNV y PSOE, sin pedir nada a cambio, ha cerrado el paso a Bildu. En Cataluña, en Barcelona, ha logrado echar del gobierno municipal al cáncer de la ultra izquierda de Ada Colau y a la vez evitar la llegada del independentismo, entregando, con responsabilidad, la Alcaldía al PSC. El constitucionalismo sale ganando.



---

## Confusionismo cromático

Manuel Parra Celaya

**L**a evidente debacle de los partidos del Gobierno en las pasadas elecciones municipales y la presunta victoria de la oposición en las futuras nacionales del 23-J vuelven a expresarse, de forma visual y gráfica, en muchos periódicos y cadenas televisivas con colores concretos para indicar al lector o al espectador las circunscripciones donde prevalecen –de forma real o deseable– uno y otro adversario.

Si descontamos aquel anaranjado (casi totalmente desvaído en este momento) de *Ciudadanos* y el morado o lila de los *podemitas*, se acostumbra a sintetizar el triunfo o fracaso de los representantes del bipartidismo *oficial* con el rojo y



el azul; evidentemente, el primero para representar al PSOE (a pesar de aquello de Surenes) y el segundo para hacer evidente al PP.; no recuerdo dónde oí o leí que un periodista, en el colmo de éxtasis *pepero* aludía a una «*marea azul*».

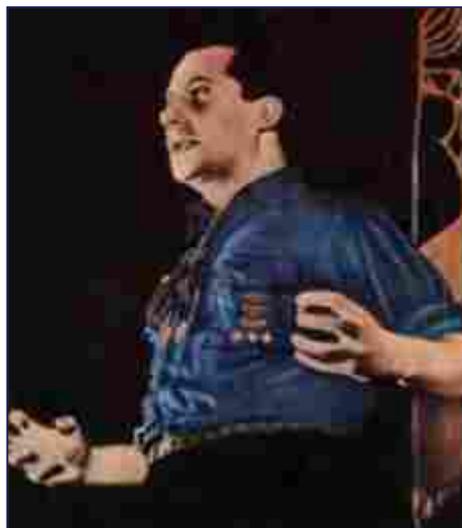
No sé hasta qué punto se sienten identificados algunos socialistas con el color rojo asignado; habría que preguntarlo, por ejemplo, a Lambán o a Page, incluso a Felipe González. Lo que sí puedo asegurar es que a un servidor no le hace ninguna gracia que se asigne el azul para caracterizar y simbolizar los actuales o futuros feudos del partido del Sr. Feijóo. Debo aducir

para ello unas evidencias históricas objetivas y otros motivos, todo lo subjetivos que se quiera, pero de fuerte carácter sentimental y personal.

Como los lectores pueden ya suponer, la razón principal es que el color azul fue el elegido por José Antonio Primo de Rivera para las camisas de su Falange. Y que nadie se rasgue las vestiduras, pues la historia es así; en aquella lejana época, casi todos los partidos de Europa se aprestaron a simbolizar en sus uniformes un color concreto; así, los comunistas se ataviaban de rojo, las Juventudes Socialistas optaron por el azul celeste, los fascistas por el negro, los nazis por el pardo y *Esquerra Republicana de Catalunya* vistió a sus «escamots» con camisas de color verde, cruzadas con correaes; creo que solo las juventudes turcas del partido de Mustafá Kemal desestimaron uniformarse...

Concretamente, José Antonio aportó por el *azul mahón* –a propuesta del escritor, santanderino de nacimiento y barcelonés de adopción, Luys Santamarina–, por entender que era un color «*serio, neto y proletario*».

Recuerdo un excelente artículo del injustamente olvidado Rafael García Serrano, allá por 1966, donde, con su habitual ironía, reflexionaba sobre la *mala suerte* que le cayó encima al color falangista; empezaba por recordar que en España se *había pasado del azul-prusia al azul-purísima*, según soplaban los vientos internacionales, pero sin recalcar nunca en el verdadero *mahón* falangista; también decía que a las camisas azules se les habían adosado multitud de aditamentos extraños (guerreras negras, saharianas blancas...) y una corbata negra que *no era más que una imitación del luto por Nelson de la Marina británica*, y que *hubiera hecho desternillar de risa al propio José Antonio de haberla conocido*. Fue un artículo antológico, que provocó cabreos varios al no dejar de ser una *contestación* en toda regla a la deriva de aquel Régimen, alejado de los presupuestos sociales y morales del fundador de la Falange. Cualquier militante sincero y auténtico hubiera podido repetir las palabras de Ortega sobre la 2ª República:



*No es esto, no es esto.*

Por desgracia, añadía nuestro periodista, la camisa azul también sirvió para ocultar mucha *mercancía averiada*. Con todo, fue hasta cierto punto divertido, en la Transición, constatar como ciertas camisas azules de ocasión y de *lealtades inquebrantables* desaparecían por el escotillón y sus antiguos usuarios iban adoptando tonos cromáticos más acordes con la nueva situación sobrevenida; sobre ellos también se despachó a gusto García Serrano en aquel «*Dietario personal*» antológico.

No creo que el Sr. Feijóo se encuentre muy a gusto con la asignación del azul para representar los triunfos de su partido, pacte o no con *Vox* según los territorios y las circunstancias; es un encasillamiento que de ninguna forma le

puede caracterizar, dicho sea con todos los respetos para sus ideas y las posiciones del PP, distintas y distantes (que dijo alguien) del falangismo.

Todos sabemos que el *azul mahón* no está en liza en la política actual por muchas razones que no es el momento de mencionar. De lo que sí uno está seguro es de que, dejando respetuosamente en la cuneta de la historia todo lo coyuntural y contingente que representa ese color, el pensamiento esencial joseantoniano puede aportar muchos elementos significativos y válidos para un futuro español, por lo que podría ser adecuado reservar el color azul.

---

## El trabajo hecho con amor

Juan Manuel de Prada (*XL Semanal*)

**T**una de las recomendaciones más olvidadas de la doctrina social católica (si es que en esta época desalmada y demagógica se recuerda alguna) es la que aconseja la participación de los trabajadores en los beneficios de las empresas. Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno*, lo expresa sin ambages: «Sería más conforme con las actuales condiciones de la convivencia humana que, en la medida de lo posible, el contrato de trabajo se suavizara algo mediante el contrato de sociedad [...]. De este modo, los obreros y empleados se hacen socios en el dominio o en la administración o participan, en cierta medida, de los beneficios percibidos». También Pío XII se expresó en la misma línea, señalando en el mensaje que dirigió en 1951 a los trabajadores españoles que se debe fomentar «todo aquello que, dentro de lo que permiten las circunstancias, tienda a introducir elementos del contrato de sociedad en el contrato de trabajo». Posteriormente, la infiltración de chiringuitos plutocráticos en el seno de la Iglesia oscurecería los pronunciamientos diáfanos realizados por aquellos Papas preconciarios, a quienes nuestra época idiotizada pinta de retrógrados.



Desde luego, aquellos Papas preconciarios no defendían la colectivización de la empresa ni nada parecido. Simplemente, recomendaban que, con tiento y prudencia, el contrato de trabajo se atemperase con el contrato de sociedad. De esta manera, el trabajador siente que su trabajo es tan importante como la aportación del capital; y, consecuentemente, arrima el hombro y se sacrifica para que la empresa prospere. ¿Acaso hay algo más natural que hacer partícipe de la prosperidad a quien se ha sacrificado y arrimado el hombro por alcanzarla? En realidad, aquella recomendación de los Papas preconciarios revela que eran unos profundos conocedores de la naturaleza humana. No hay persona más feliz que la que trabaja con amor, poniendo todas sus facultades en el esfuerzo diario. Y no hay trabajo más gustoso y hecho con

amor que aquél de cuyos frutos podemos disfrutar. Exactamente lo contrario ha hecho el capitalismo, que ha desnaturalizado por completo el trabajo, convirtiéndolo en un instrumento al servicio de la producción. Así, el trabajo ha dejado de ser gustoso, ha dejado de estar hecho con amor, para reducirse a la condición de medio para satisfacer necesidades básicas.

Pero esta desnaturalización del trabajo condena a las empresas al fracaso, más pronto que tarde. Pues, una vez que el trabajo deja de estar hecho con amor, acaba convertido en actividad que el trabajador hace cada vez con mayor desgana y desapego, con mayor repugnancia espiritual. Tal vez el trabajador siga trabajando por subvenir sus necesidades, pero su trabajo será cada vez más mecánico, más desangelado, más desposeído de esa vibración que toda persona entregada insufla a la obra salida de sus manos; y, por supuesto, será un trabajo que se conformará con «cumplir con el expediente», porque para entonces el trabajador odiará íntimamente a su empresa. Y toda empresa en la que trabajan personas que no la sienten como propia y llegan a aborrecerla es una empresa condenada al fracaso.

El trabajador necesita amar y sentirse ligado a su trabajo. Cuando deja de mirar con gusto el trabajo que sale de sus manos, cuando el trabajo se convierte en una actividad rutinaria o fastidiosa, el trabajador tiende a trabajar



sin esmero; y, por supuesto, acaba desinteresándose de la empresa en la que trabaja, acaba mirándola como un objeto extraño cuyas vicisitudes se le antojan ajenas (y puede llegar a regocijarse con los contratiempos que padezca, incluso a favorecer su surgimiento). Porque el trabajo, cuando no es gustoso, introduce una quiebra muy profunda

en nuestro ser; y esa quiebra acaba arruinando a la empresa. Hay un pasaje en *El principito* que expresa maravillosamente esta idea. El protagonista de esta hermosa historia no puede amar las rosas que no ha cultivado; porque la única forma de amor auténtico consiste en dedicarnos en cuerpo y alma, con paciencia y tesón, al objeto de nuestro amor. Sólo amamos el trabajo en el que nos sentimos concernidos; sólo nos implicamos en las empresas que sentimos como propias, las empresas que no nos hacen sentir prescindibles. De ahí que aquellos Papas preconciarios tan retrógrados aconsejaran que los trabajadores participaran en el destino de sus empresas. Eran, sin duda, hombres que sabían mucho más de la naturaleza humana que esos empresarios ofuscados por el afán de lucro que pretenden obtener beneficios sirviéndose de un trabajo hecho sin amor. Sólo el trabajo hecho con amor puede salvar una empresa. Lo demás es lucro para hoy y quiebra para mañana.

## Muros blancos, cielos azules

Roberto, no justamente ese día, me enseñó a pelar cardos para saborearlos, y a desgranar las abundantes espigas de trigo que doraban entonces los campos escoltadas por las amapolas: rojo y gualda en Castilla

**Gustavo Morales** (*El Debate*)

**L**egaba el tiempo de las vacaciones de verano, cuando las golondrinas vuelan a la caza bajo el cielo absoluto de la imperial Castilla, en la cuesta paradigmática del Cristo de la Luz en Toledo. En esos largos días mis tías se pegaban por mí. Sí, sí, pero porque me apalancara en otra casa que no fuera la suya y es que yo era realmente muy travieso, y todavía no se habían inventado eso del trastorno de déficit de atención ni la hiperactividad para tener una base científica para explicar mi gamberrismo.

Al final acababa siempre en casa de mi tía Chon, la hermana mayor de mi madre, casada con mi tío Agapito, un hombre serio y recto como su bigote, más de izquierdas que el grifo del agua caliente, pero que no dejaba de sacar, ni por todo el oro de la catedral, un paso religioso sobre sus hombros y los de



sus hijos, en la abigarrada Semana Santa toledana. Agapito era carpintero en la fábrica de armas de Toledo y, como todos los obreros de esa fábrica de castellana, recibía una casa con un jardín frontal, un huerto con un par de árboles frutales y un taller de carpintería que hacía mis delicias, como las de cualquier niño, cuando me bajaba de la higuera.

El poblado obrero lo constituían viviendas gratuitas para los trabajadores, una idea del general Juan Mas del Ribero, padre de mi tío Pepe y director de la Fábrica de Armas entre 1938 y 1950. El poblado era una sucesión de casas bajas con muros encalados en blanco rodeados por otro mayor también blanco. Tanta blancura me inspiró un día, mientras se encalaba la pared. Al lado del cubo de cal había una niña morena con los brazos y piernas tostados por el sol implacable de Toledo en verano, e iba vestida de un blanco impoluto, y algo dentro de mí me dijo que tenía que blanquearla del todo, y así lo hice. Eso elevó mi ya terrible fama de niño peligroso en la calle Maestros Espaderos del poblado obrero de Toledo.

Mis tíos tenían tres hijos que llevaron en su momento a hombros el ataúd de mi madre: Roberto, Choni, una guapa zagala, Eugenio y Félix, una gran cabeza, quien será un anarquista, un hombre resuelto que le gustaba escribir y tenía clientes que no le pagaban, por eso conocían su resolución.

Eugenio tenía mala suerte, le tocó hacer el servicio militar en África, en la policía del Sáhara, donde dormía con la pistola bajo la almohada por la fea

Eugenio tenía mala suerte, le tocó hacer el servicio militar en África, en la policía del Sáhara, donde dormía con la pistola bajo la almohada por la fea

costumbre que tenían sus hombres de degollar a sus jefes e irse con el armamento. Eugenio fue quien me llamó un día aciago para decirme sin contemplaciones que mi madre había muerto. Roberto estaba en la Organización Juvenil Española (OJE) y había hecho el servicio militar en la Brigada Paracaidista, era el más próximo a mi edad, y por eso salimos juntos a los Montes de Toledo. Si él estaba en la OJE, yo formaba parte de los exploradores o scouts.



Ambas organizaciones rivales y en competencia. Además de nuestras mochilas ese día llevábamos un pollo crudo para comer, mala idea, no lo hagan.

Cansados de andar quisimos almorzar. Roberto hizo una fogata al estilo de la OJE que no sirvió ni para calentar el pollo. Entre risas y bromas recurrí a la experiencia

scout para hacer un fuego al modo de los exploradores, que resultó ser tan inútil como el anterior ante el fuerte viento que barría los montes de Toledo en esos momentos y frustraba cruel nuestras intenciones.

Finalmente al borde de la desesperación, porque mi primo y yo éramos dos zampabollos, juntamos nuestros botiquines, empapamos el pollo crudo en alcohol y le prendimos fuego. El pollo se quedó al decir de la mítica frase de Robert Duvall en *Apocalipsis Now*: «Quiero mi carne cruda, cruda pero no fría». En realidad hubo un retroceso en el tiempo y el espacio y acabamos siendo dos hombres de las cavernas despedazando el pollo e intentando comérmolo crudo sin demasiado éxito y con mucho asco.

Roberto, no justamente ese día, me enseñó a pelar cardos para saborearlos, y a desgranar las abundantes espigas de trigo que doraban entonces los campos escoltadas por las amapolas: rojo y gualda en Castilla.

---

## La paradoja Berlusconi

Gregorio Morán (*Vozpópuli*)

El cineasta Bertolucci iniciaba su particular Novecento con la escena arrebatadora de un enano disfrazado que corre entre los campos para llevar la noticia que en enero de 1901 cerraba un siglo, «¡Verdi ha muerto!». Ningún director de cine se atreverá a hacer algo similar con Silvio Berlusconi, que impregnó la política, la cultura y las tendencias sociales de nuestro XXI. Merecería una reflexión este paralelo tan alucinante como distópico. Ambos murieron en Milán. Enterrado con honores de Estado, con las banderas a media asta y las más altas instituciones mostrándolo ante la ciudadanía del mundo como el político más influyente y carismático que cruzó los dos siglos. Quizá sea cierto, pero antes que cualquier elogio o sarcasmo tendremos que responder al dilema más obvio: cómo fue posible que el hombre

que ascendió a primer ministro en tres ocasiones, tras la quiebra de los partidos políticos barridos por la corrupción, saliera elegido como lo más novedoso y limpio, tratándose de un «delincuente natural», según sentencia de los altos tribunales.

¿Cómo se explican las paradojas? Dejarían de ser paradojas. Vivamos en una sociedad donde lo líquido ha inundado nuestra cabeza y nos basta con aprender a nadar entre los fantasmas que no podemos quitarnos de encima. Silvio Berlusconi no era un corrupto sino un sistema de corrupción basado en saltarse las leyes del propio sistema. Una vida sin masters. Qué ridículos resultan los currículos promocionales de tanto aspirante a la gloria política frente a un tipo como Silvio, un buscavidas, que lo consiguió todo empezando por el final: representar a una sociedad harta de corruptelas que escoge al tipo más vulgar y avisado entre la delincuencia organizada.



gar y avisado entre la delincuencia organizada.

Su padre, ni siquiera banquero. Un empleado de la Banca Rasini en Milán, que por esas casualidades del destino (buscado) se dedicaba a blanquear dinero mafioso (el banco, no necesariamente el empleado). El futuro debía pintar tan mal que el muchacho Silvio se apuntó a cantante de crucero (hoy se dice crooner) –

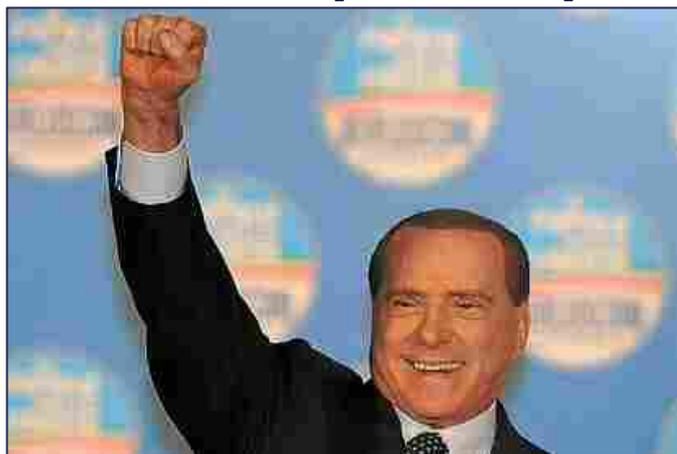
formaba dúo con un guitarrista de ocasión, Fedele Confalonieri (espónsor ahora de Forza Italia y presidente del emporio de la comunicación Mediaset)–. Ahí aprendió maneras: atraer al público holgado y ligar con todo la que se pusiera a su alcance. (Ya casi nadie recuerda un filme legendario de Dino Risi, *La escapada* (1962), con Vittorio Gassman y Jean-Louis Trigtignant en una lección de estilo de vida). Berlusconi ya estaba ahí con la construcción y el secreto mejor guardado, cómo apañar los primeros millones.

Lo que viene después entre brumas de hagiógrafos es sabido. El Partido Socialista de Bettino Craxi (en España tanto Alfonso Guerra como Ernest Lluch lo consideraban el depositario de la socialdemocracia del futuro; se lo oí a ellos) ejercía el poder omnímodo en Lombardía y el constructor ansioso y condescendiente no era otro que Silvio. De rey del ladrillo fino a magnate de los medios de comunicación pasando por el espectacular embudo del fútbol. El empezó con la lección aprendida, primero un equipo que llegara a campeón, el Milán, lo de meterse a político vino luego. Quien controla potentes medios de comunicación y las ligas del fútbol considera los grupos políticos con una mirada deferente. Se sale al campo para ganar no para hacer teoría sobre el achique de espacios. (Florentino Pérez lo intentó en España como cabeza de lista del Partido Reformista de Roca Junyent, pero fracasó porque

entonces sólo era Pérez y no Florentino, y a mayor abundamiento no tenía el master de crooner; otro mundo, otro país).

Bettino Craxi salió por pies a su mansión de Túnez para huir de la justicia y entró Berlusconi. En 1993 crea Forza Italia, un eslogan futbolero para un partido que aspira a la copa y la consigue al año siguiente. La victoria electoral de 1994 lo convirtió en el líder por antonomasia. Forma gobiernos y hace prácticamente lo que le da la real gana. La invención del término «populismo» es una especie de astracanada que inventó el gremio académico de la Ciencia Política y que parece ser la panacea semántica a la que recurrimos por falta

de mayor dedicación y talento. Volvemos a tropezar en la charca de lo líquido, tan poco definitorio y muy cómodo de manejo. Decir que Trump, Chávez, Maduro y Perón pertenecen al mundo populista es una manera de salvarnos de nuestra inanidad analítica. Cada populista es un mundo porque el universo lo forma la humanidad que les consiente hacerse



con el poder. Trasladando la responsabilidad a los jefes populistas nos olvidamos de las sociedades que los sostienen. «Sólo Napoleón ha hecho más cosas que yo», decía Silvio y se lo creía, tanto él como los suyos.

En su irresistible carrera de delincuente sólo fue condenado en firme por una ocultación a la Hacienda Pública. No se olviden, lo mismo le pasó a Al Capone, y el común hace chistes sobre el talento sórdido de los criminales. No hay pruebas sólo evidencias, y las evidencias apenas pesan en el Código Penal aplicado a los grandes malhechores. Luego estaban sus inclinaciones. Le gustaban las putas de lujo y a ser posible adolescentes. Arrasó en los medios de comunicación y su público lo jaleaba frente a unos adversarios convertidos en mendicantes de las apariencias. Se pasó por el forro las convenciones de la *Laica Inquisición*, más desvergonzada aún que la Santa. Cuando se pierde el horizonte político nacen grupos cuya única opción de futuro está en convertirse en perversos profetas. Cristiano viejo en costumbres, masón en la intimidad de la P2.

Silvio no hizo mangas y capirotos con los besos a la mafia, como Andreotti. Él la metió en casa. A Vittorio Mancano, un asesino profesional de la Cosa Nostra le hizo ocuparse de sus caballos y a Marcello Dell'Utri, condenado por blanqueador, ambos sicilianos, los puso en nómina. Como estafador compulsivo llegó un momento que hizo saltar la banca, literalmente, cuando la prima de riesgo de Italia subió a 574. Sucedió en 2011 y en noviembre hubo de dimitir. Pero el baile siguió, lo llamaban bunga-bunga y tenía tantos adictos como forofos tiffosi. El fútbol del XXI es la nueva ideología de sustitución.

Quien fuera su virrey en España, el ideólogo arrogante que nunca escribirá un libro, Paolo Vasile, lo definió para el bronce: «la izquierda utiliza a la multitud, Silvio la amaba». Me quedo con la sentencia del cada vez más ninguneado Roberto Saviano: «La santificación política de Berlusconi es una vergüenza democrática y un insulto a la verdad». Quizá pronto surjan berlusconistas de derechas y de izquierdas.

---